



**ELOGIO DEL EXCMO. SR. D. GASPAR
NÚÑEZ DE ARCE (1).**

En la penúltima ó última junta que antes de vacaciones celebró esta Real Academia, me honrásteis con el encargo de escribir el elogio de Don Gaspar Núñez de Arce, cuya muerte lamentamos todos. Había de leerse lo que yo escribiera pública y solemnemente á fin de dar nosotros claro testimonio del valer y del mérito del ilustre compañero que hemos perdido, mostrando por ello nuestro pesar y el alto aprecio y la admiración que el ingenio, la inteligencia y las demás elevadas prendas de aquel glorioso poeta nos inspiraban de acuerdo en todo, no sólo con los entendidos y aficionados á las bellas letras, sino también con la generalidad de los españoles.

Gustoso y lisonjeado acepté yo la tarea que me

(1) Leído en la Real Academia Española, en Junta pública celebrada el día 15 de Noviembre de 1903.

encomendábais, aunque no sin desconocer lo difícil que me sería salir de ella airoso, así porque la vejez y las enfermedades han nublado acaso la lucidez de mi juicio y han debilitado la escasa fuerza de mi estilo, como porque el asunto que debía yo tratar había sido ya magistralmente tratado por alguien que entre nosotros se sienta, y á quien considero imposible superar ó al menos igualar diciendo algo nuevo.

El asunto, además, me parece muy vasto para encerrado en un discurso que por fuerza ha de ser breve. Se tratan en el día con tal aptitud asuntos semejantes, que se expone quien desea ser conciso á ser calificado de ligero ó de obscuro: á no decir sino vagas generalidades, á no fundar y probar sus asertos con razones discretas, y hasta á ser tildado de no conocer bien la labor literaria que aspira á juzgar y de no haberla estudiado y analizado con detención y reposo, penetrando hasta lo más hondo de su sentido y haciendo patente el espíritu que la informa.

Para no disertar someramente sobre todo, tendré que pasar con rapidez sobre muchos puntos á fin de fijarme y detenerme en uno, el más capital, el que mayor atención requiere y el que debe ser tratado con mayor esmero.

Don Gaspar Núñez de Arce ha mostrado la enérgica actividad de su alma en muy distintas es-

feras, alcanzando en todas aplausos y triunfos. Escritor político, se hizo estimar en las redacciones de varios periódicos; en la guerra de Africa, que terminó con la toma de Tetuan, siguió, como Alarcón á nuestro ejército y supo celebrar dignamente los hechos militares de aquella empresa. Como hombre de Estado, llegó á ser Ministro y desempeñó otros importantes empleos, manifestando su aptitud, su probidad y la leal consecuencia, subordinación y disciplina con que siguió siempre las banderas del partido liberal en que militaba. Fué Diputado y Senador, interviniendo en las discusiones parlamentarias en algunos importantes momentos y haciendo ver que poseía la envidiable facilidad de palabra y la serenidad que conviene para hablar bien en público, en esta tierra de España tan fértil en oradores de nota.

Fué, por último, Núñez de Arce, autor dramático aplaudido. En colaboración con D. Antonio Hurtado escribió varios dramas, y por sí sólo compuso otros, entre los que sobresale *El haz de leña*.

De cuanto acabo de indicar quiero y debo prescindir aquí, si he de limitarme á escribir un discurso y no un libro, y si he de tratar con amplitud y reposo de las más egregias cualidades que resplandecían en nuestro compañero, considerándole solo como poeta lírico aunque dando á su lirismo más

significado de lo que severa y estrictamente debiera tener. En realidad, no voy á considerar á Núñez de Arce como poeta lírico sólo, sino también como poeta épico, si por tal ha de tenerse el que cuenta ó narra una acción, y por poeta satírico, gnómico ó sentencioso y ya que no didáctico, concionante.

Varias son las condiciones que han de concurrir en un ser humano y que han de adornarle y habilitarle para ser buen poeta. Veamos cómo y hasta qué grado concurren en el que ahora tratamos de estudiar, empezando por las menos raras y preciosas, aunque más indispensables que otras más preciosas y más raras.

La primera de todas las condiciones es la de poseer y manejar con destreza el medio, el instrumento y en cierto modo hasta la primera materia de que el artista ha de valerse para revestir de forma sensible sus conceptos. La primera condición, pues, que ha de tener el poeta es la de poseer y manejar diestramente la lengua en que poetiza. Así esta condición como todas las otras de que hablaré luego, tienen más de ingénitas que de adquiridas. No se adquieren por educación. Las concede el cielo. Son carismas ó dones gratuitos que la bondad de Dios pone al nacer en el espíritu de los que elige y ama. La educación, con todo, perfecciona, aquilata y fortifica luego estas prendas naturales. De aquí que el poeta, lo mismo que el eminen-

te hombre de Estado, el capitán hábil y victorioso y todo el que por el pensamiento ó la acción merece ser llamado genio, lo es por la gracia de Dios, como de los soberanos legítimos se dice; pero tal gracia no vale si con amoroso desvelo no la cultiva y la aumenta el favorecido, sino que la malgasta ó deja que se consuma en la inacción con ingrato descuido. Lejos de incurrir en esta falta, Núñez de Arce se esmeró en cuidar sus naturales facultades.

Nacido en el riñón de Castilla, desde su niñez y desde su temprana mocedad, en Valladolid, en Toledo y en esta villa y corte por último, aprendió de la misma boca del pueblo la más castiza y pura lengua española; atesoró en la mente el caudal de sus vocablos y la flexibilidad y riqueza de sus frases y giros; estimó que en esta lengua caben con holgura y claridad, sin violentarla y sin tener que pedir nada prestado á otras lenguas, todos los pensamientos y los sentimientos todos, por sutiles, alambicados, profundos, amenos é inauditos que sean; y se ejercitó en expresar los suyos con afán laudable y dichoso así en prosa como en verso.

Sin duda el hablar y el escribir se facilitan con el ejercicio. La disposición innata se corrobora con la práctica. Así nuestro poeta adquirió, escribiendo en prosa casi de diario, la nitidez, la limpieza, la

sobriedad y la exactitud que aparecen en sus versos y les prestan carácter.

Alguien ha dicho que Núñez de Arce pertenece á la escuela salmantina y procede de Meléndez y de Quintana; pero yo me inclino á creer que, desde que Quintana y Meléndez escribieron, hasta que empezaron á aparecer las poesías de Núñez de Arce, sobrevinieron tantos sucesos y mudanzas, que las escuelas poéticas regionales sólo quedaron para la historia, por donde Núñez de Arce no fué ni pudo ser de la escuela de Salamanca, ni menos imitador de Quintana y de Meléndez. Es sucesor de ellos porque los hombres todos se suceden aunque no se parezcan. Entre los mencionados poetas y nuestro compañero, se ponen y los separan nueva y larga serie de cambios políticos, opiniones y doctrinas ignoradas ó apenas conocidas antes, la revolución literaria del romanticismo y la estética reciente con preceptos y reglas harto diversos de los que se seguían y se observaban antes. Sin caer en prosaísmo, Núñez de Arce es más llano, más natural y en realidad ó en apariencia si se quiere, más fácil y espontáneo que sus imaginados modelos. Con gusto más depurado, sin resabios del conceptismo y culteranismo del siglo xvii, no sólo Núñez de Arce, sino también otros buenos poetas del siglo xix han desplegado y lucido no menor habilidad y destreza para versificar

en todos los metros, estrofas y combinaciones de rimas. En Quintana y en no pocos otros líricos de la escuela clásica á la francesa se nota demasiado el esfuerzo para versificar. No fluye el verso con la abundante facilidad que muestran nuestros poetas líricos y narrativos desde la aparición del romanticismo hasta ahora. Se diría que el arte de la versificación se aprende y se ejercita hoy con menor trabajo que en el último tercio del siglo xviii y en el primero del xix. Quintana, con ser tan gran poeta, aparece premioso versificando. Y si nadie en este punto se adelanta á Gallego, su maestría es de diversa índole. La poderosa virtud de su métrica no produce versos fáciles y corrientes, sino algo, en los mejores momentos de inspiración, como exquisita labor de ataujía, como bien ajustado mosaico cuyas teselas son piedras preciosas, unidas con sólida firmeza y engastadas en cerco de oro por vigoroso empuje para que nunca se desprendan y den persistente duración á tan espléndido artificio.

Fuerza es convenir en que la fácil versificación acarrea el peligro de caer en lo vulgar y en lo rastro, de producir ruines y desmayadas coplas en vez de nobles ó sublimes cantos; pero Núñez de Arce acertó á libertarse de este peligro. La elevación de su sentir y de su pensar le sostuvo siempre cuando se dejaba arrebatar por el raudal de la

versificación fácil y no consintió que zozobrará ó se detuviera un solo instante en el prosaico escollo de los cøpleros.

Otra novedad, más que real, pretendida, ha traído la moda á las novísimas obras poéticas: el minucioso detenimiento en las prescripciones. Se afirma que los antiguos apenas describían: que embelesados en la contemplación de la criatura humana y de sus actos, poseían menos que nosotros el sentimiento de la naturaleza y no se paraban ni fijaban mucho la atención en los objetos que nos rodean. Contaban nuestras pasiones ó acciones, pero poco ó nada decían del medio ambiente que tanto influye en crearlas y desenvolverlas.

No decidiré yo hasta qué punto es moderno este afán por lo descriptivo, pero no aplaudiré la exuberancia con que lo descriptivo se emplea en el día entreverando toda acción ó más bien empedrando el camino de su desenlace con prolijos tropezos.

Núñez de Arce acepta y sigue esta moda, pero por fortuna no la exagera. En sus versos abundan las descripciones, pero son bellas y no cansan. Por reflexión ó por instinto, nuestro poeta comprende muy bien que cuando se refiere un suceso lo que más importa es el suceso mismo y no el lugar de la escena. La poesía, más que descripción, es acción. Tan lo entendían así los antiguos, que solían irre-

flexivamente encerrar en la acción lo descriptivo. En vez de describir *La Iliada* cómo van armados sus héroes, nos lleva á presenciar cómo se arman cuando salen á la pelea. No nos pinta cómo va vestida la diosa Juno, pero nos introduce en su cámara y hace que asistamos y veamos allí cómo se peina y adorna el cabello, cómo se lava el hermoso cuerpo y le pule y suaviza con linimentos aromáticos, y cómo se engalana luego con maravillosa vestidura, completando el hechizo de su traje y tocado al ajustar á su gallardo talle el encantado ceñidor que Venus le presta. Así sube la diosa hasta la cima del Gárgaro, donde se halla Júpiter, que arde en amor apenas la ve desde lejos. Brotan luego de la fecunda tierra lindas flores y mullido césped y una nube dorada y luminosa encubre á la gentil pareja hasta á las penetrantes miradas del sol mismo. Y no describe tampoco el padre de la poesía, el estupendo escudo de Aquiles, sino que nos conduce á la fragua en que Vulcano le fabrica y vemos allí cómo se convierten el oro, la plata y el bronce entre las manos del asombroso artista, en la divinada prefiguración de los nunca superados prodigios de Fidias y de Praxíteles.

Núñez de Arce, repito, si bien sigue la moda, es sobrio en sus descripciones, las cuales no son estorbo de la acción, sino que la explican y la aclaran. El carácter principal de Núñez de Arce como

poeta no es, con todo, el de ser narrador ó descriptivo, sino el puramente lírico: demostrar con ardorosa vehemencia las ideas y los sentimientos propios y procurar infundirlos en el ánimo de sus oyentes y lectores. Este es su principal propósito hasta cuando escribe historias ó leyendas. De todo aspira á sacar alguna lección moral, política, filosófica ó religiosa.

Partidario yo del arte por el arte, por reiterada confesión propia, debería ser recusado como parcial y prevenido para ser juez de la poesía docente si no invalidara la recusación explicando mi doctrina.

La poesía es arte liberal y no servil, lo cual significa que sus creaciones no son de necesidad, sino de lujo; que no son útiles en el sentido vulgar de la palabra, que no se subordinan á ningún extraño propósito; que su fin es la poesía misma: la manifestación sensible de la belleza. Pero lo bello eleva el alma á esfera muy alta donde se junta con la verdad y con el bien en unidad perfecta, siendo allí lo bello el resplandor de la verdad y surgiendo de la verdad todo bien como de inexhausto venero. De esta suerte el poeta, si no enseña, habilita y presta alas á los espíritus capaces de comprenderle, cuando no para subir hasta ese centro divino, para columbrarle, para bañarse en su luz y para tomarle por guía. En la ascensión

hacia ese centro, acaso atraviesa el poeta por entre oscuras y tempestuosas nubes, acaso va ó nos parece que va extraviado, pero sube más, logra llegar á región más serena y clara, y al fin toma el recto camino arrebatándonos en su vuelo. Y no es menester para tantó tratar solamente de ciertos encumbrados asuntos, como asegura nuestro compañero, en su prólogo á los *Gritos del combate*.

A mi ver no hay asunto, por insignificante y mezquino que parezca, que poéticamente tratado no adquiera por la poesía poder bastante para elevar el alma hacia la luminosa región de la ideal belleza.

Y no se me acuse de sobrado sutil al exponer mi doctrina. Inevitable es tal sutileza, si hemos de conciliar una contradicción que en todo juicio sobre poesías con frecuencia ocurre. Opuestas creencias y opiniones son defendidas y ensalzadas por poetas distintos. Alguno de ellos acaso sostendrá y ensalzará la verdad, pero es indudable que los que sostienen y ensalzan lo diametralmente opuesto, sostienen y ensalzan la falsedad y la mentira. Y sin embargo, con tal de que dichos poetas sean sinceros, con tal de que no finjan sino que sientan hondamente lo que dicen, su error no nos repugna, sino que nos deleita y hasta nos entusiasma. ¿Cómo atribuir esta indiferencia por lo verdadero que nos deja gozar de lo que dice quien en nuestro sentir de lo verdadero se aparta? ¿Pues, qué, prescinde

el crítico del fondo de una composición poética para apreciarla sólo y gustar de ella por la forma? Yo no puedo creer que sea así. La bella forma, además, no se concibe, no es sino vano artificio, sin algo de substancial, sin idea ó sin sentimiento que por medio de ella se revele. Luego es evidente que, más allá del punto en que los distintos poetas discrepan, hay otro punto luminoso y sublime, hasta donde todos suben si son en realidad poetas egregios, y donde coinciden todos, desapareciendo las contradicciones en que, en el rapto de su ascensión, habían incurrido.

Para ejemplo de lo que pretendo significar, tomemos á tres poetas italianos de nuestros días, dos de ellos preconizados ya como grandes y el tercero notabilísimo y muy celebrado. Es uno fervoroso católico; otro es horrible y desesperadamente impío; y es no menos antirreligioso el tercero, aunque muy lleno de confianza, en que no es un mal, sino un bien, la pérdida de la fe en una religión positiva. Ahora bien, yo declaro que los tres poetas me encantan y que indistintamente los aplaudo. Luego no los aplaudo por lo que enseñan. En primera instancia gana pues, el pleito, el arte por el arte y la poesía docente sale condenada. ¿Cómo poner de acuerdo la hermosa plegaria al Espíritu Santo en la Pentecostés de Manzoni, aquello de llamar á Dios el *feo y oculto poder que impera para*

nuestro común daño y otras no menos espantosas blasfemias de Leopardi, y por último la letanía lauretana á Satanás con que Josué Carducci llenó de estupor á los nacidos?

A fin de lograr la concordancia de los tres poetas, es menester prescindir del camino que van siguiendo y de las peligrosas y poco recomendables paradas que hacen dos de ellos en dicho camino. Es menester subir hasta una resplandeciente altura en que la luz de la verdad envuelve á los tres y en que los tres se abrazan. Con poderoso impulso los ha encumbrado hasta allí el amor de la humanidad y de la patria, el deseo de verdad y de bien para todos los seres, la aspiración á lo perfecto y la sed de la inteligencia por comprender lo infinito y de la voluntad enamorada por unirse á él y aquietarse en su seno.

En esta más detenida contemplación de la poesía, yo no sé si debo ó no llamarla docente, pero es digna de muy noble calificación: es incentivo, es estímulo ó estro de las mejores prendas del ser humano: es lo único que, después del amor y de la fe viva que del amor nace, puede prestar y presta al alma alas para subir al cielo.

De esta suerte la poesía, sin salir fuera de ella para buscar su fin, le tiene utilísimo, aunque de utilidad peregrina más alcanzada por los espíritus selectos que por el vulgo.

Para que la poesía se remonte á tamaña altura no se requiere, según hemos visto, ni la exacta averiguación de la verdad, ni evitar extravíos y errores, ni emplear sólo el ingenio en tratar de cosas trascendentales y metafísicas.

Presupuestos ya nobles sentimientos é ideas, anhelo del alma hacia el bien, lozana y rica fantasía, para revestirlo todo de imágenes y para expresarlo con primor y concisa elegancia, lo que se requiere es sinceridad: que el poeta, aunque invente fábulas y finja historias que nunca ocurrieron, no finja que siente lo que no siente ó que sabe ó cree lo que descrea ó ignora. Esta sinceridad, esta buena fe franca y desnuda de disimulo, no abandona jamás á Núñez de Arce y contribuye á que sea excelente poeta. Con nada nos engaña. Sólo hay un punto en el que yo recelo á veces, no ya que nos engañe, sino que se engañe á sí mismo ó que exagere al menos: me refiero á su duda y al tormento y á la desesperación que le causa. Ese tormento, esa desesperación, provienen del conflicto entre una mística y soberana aspiración y una negación monstruosa. Reconcentrada el alma y penetrando en el abismo de su ser, busca allí la verdad y ansía unirse con el bien supremo, pero se hunde en el vacío y no halla verdad ni bien supremo columbra. Así Leopardi, obcecado y pervertido por la filosofía grosera y materialista del siglo XVIII, todo

lo niega con la fría razón, y con el amor vehemente de su alma busca y en balde desea unirse á lo mismo que niega, á lo que sólo concibe como ideal sin substancia, como fantasma bellissimo y perfecto que nosotros mismos creamos y del que proceden la virtud, la santidad, el heroísmo, la filantropía y todo aquello que más honra y más enaltece el linaje humano.

Ahora bien, yo estoy persuadido de que Núñez de Arce jamás puso en duda ciertas afirmaciones supremas. Jamás negó la existencia de un Dios único, todopoderoso, lleno de bondad y de inteligencia, ni el alma inmortal, ni el libre albedrío, ni la consiguiente responsabilidad de nuestros actos, ni la ley moral que manda ó veda que se cumplan. No dudando, pues, de nada de esto, ni menos negándolo, la carencia de fe ó la duda de Núñez de Arce no podía ser muy atormentadora, sobre todo cuando su alma tendía el vuelo hacia lo alto y se apartaba de la muchedumbre del pueblo, sobre la cual muchedumbre solía difundirse en discursos animados por la pasión política en vez de reconcentrarse en la conversación interior para aclarar misterios y descifrar enigmas.

Las dudas de nuestro poeta eran, pues, en mi sentir, más sobre lo temporal que sobre lo eterno. Prestaba acaso, como nos inclinamos todos á prestar, mayor importancia de la justa á los sucesos que

presenciamos y sobre todo á los sucesos en que tomamos parte. Así cuando dudaba de la eficacia para el bien, de tales sucesos, cuando temía verse extraviado en el camino, cuando perdía la esperanza en el porvenir de su patria, cuando veía ó imaginaba ver á sus compatriotas corrompidos ó degradados, entonces el estro satírico punzaba su alma y esa y no otra era la duda que le atormentaba tanto y de la que tanto solía quejarse.

Con lo poco que yo sé de ciencias naturales, me parece que la transformación de las especies es aventuradísima hipótesis. Pruebas de su certidumbre distan mucho de haberse hallado; pero, como quiera que sea, aun dando por fundada la hipótesis, sin deducir de ella consecuencias impías, sólo se contradice la interpretación estrictamente literal de un texto sagrado, pero ni se niega el poder y la sabiduría del Creador, que pone en los seres el invencible conato de ir hacia lo perfecto, ni se rebaja la dignidad del hombre haciéndole salir del barro, no inmediatamente, sino por una larga serie de evoluciones. De esta suerte, ya que no defientan la doctrina de Darwin, escritores católicos hay que no la condenan por impía, ni la acusan de rebajar al ser humano, si se tiene por cierto que Dios puso ó hizo aparecer el alma inmortal hecha á imagen y semejanza suya, en el cuerpo humano una vez formado ó transformado con la conve-

niente aptitud para recibirla. Nuestro poeta, con todo, no cede ni se resigna con esto. Le enoja que en su árbol genealógico se atreva alguien á colocar el mono. De aquí que se desate en diatribas contra la doctrina darwiniana; pero arrebatado sin duda por su espíritu satírico, los dardos que lanza contra Darwin traspasan el blanco y tienen mayor y más terrible alcance. La pintura que hace de aquellos cuadrumanos, nuestros supuestos primeros padres, es de una belleza pasmosa; pero resulta que el mono y la mona, de los que procedemos, según la abominada hipótesis, son candorosos, inocentes y felices: carecen de ambición y de codicia, son fieles en sus amores y la duda no los atormenta ni desespera. En resolución, los monos que el poeta nos retrata, en vez de darnos asco nos dan envidia. El asco se queda todo para la humanidad contemporánea tal como el poeta la ve ó la imagina. En los millares de años que ha vivido ya la humanidad, pugnando por subir al alto grado de civilización en que hoy vive, sólo ha conseguido ser tan ruín y tan desventurada, que el mono primitivo es más feliz que ella y más digno de serlo. Y aún no es esto lo peor. Lo peor es que el poeta nos quita hasta la más leve esperanza de retroceder á la felicidad y á la inocencia selváticas de los antiguos días prehistóricos. La civilización nos ha corrompido hasta tal extremo, que nos inhabilita

para ser animales mansos. Si el hombre recuerda ó supone que su antepasado el antropisco no tenía en la selva,

Ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre
Quizás, Europa, alumbre
Con el voraz incendio tus ciudades.

El poeta casi profetiza, por último, el advenimiento triunfal de sangrientos tiranos, único remedio del mal tan grande, ya que sólo el rudo castigo

La hambrienta rabia de tus fieras doma,
y el hombre que no tiene

Ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades,

se convierte en fiera, mientras que cuando es racional, la razón le subyuga y basta para domarle. La razón, sin embargo, no sale muy bien parada de sátira tan cruel, ni puede inspirarnos mucha confianza ya que al cabo de millares de años de aplicarla al estudio nos ha dejado caer en tan nefandos extravíos.

Sin embargo, el tético pesimismo de nuestro poeta dista mucho de llegar á su colmo en su composición á Darwin. Aun es mayor y más tético en *La selva oscura*. En la composición á Darwin, la

perversión y la degradación del hombre, que hacen indispensable y hasta deseable la tiranía como solo freno que baste á domar la feroz y sublevada muchedumbre, presuponen que esta muchedumbre ha perdido la razón ó la ha empleado por muy torcida y vitanda manera, renegando de Dios y de todas las leyes y preceptos morales y sociales. Justo y consolador es que confiemos en la Providencia, la cual no consentirá que doctrinas tan inicuas cundan y se propaguen entre el vulgo. Así podremos desechar é invalidar los ominosos vaticinios y las amenazas del poeta. Pero contra *La selva oscura*, si atinamos con la interpretación de lo simbólico, no hay protesta que valga.

El poeta vaga perdido por una selva oscura en cuyo enmarañado laberinto no hay marcada senda, donde todo es horror, donde las hojas secas caídas de los árboles y arrebatadas por el viento se diría que se llevan consigo toda esperanza, donde los pies desnudos se ensangrientan pisando espinas y las ramas torcidas que estorban el paso lastiman y hieren las manos y el rostro. Tremendas visiones acrecientan la angustia y el susto. Profunda melancolía, recuerdos tristes y remordimientos amargos se apoderan allí del alma y la torturan.

Los admirables tercetos en que se describe todo esto, así como los demás de la composición, están hechos con tan enérgica y concisa firmeza y con

tan fácil maestría, que el lector ó el oyente casi se atreve á imaginar que Dante no los haría mejor si reapareciese entre los vivos y versificase de nuevo.

Pero ¿qué es, qué significa esta selva? El poeta la llama la selva del desengaño. Ha penetrado en ella en el otoño de su vida. El desengaño ha de provenir, por consiguiente, de la pérdida de las ilusiones juveniles; ilusiones sin duda harto pecaminosas, como malignas flores que engañan con su aparente hermosura y cuando se marchitan y pasan con la primavera traen desabridos y ponzoñosos frutos. Hasta aquí las cosas no van muy mal. Quizás nos convenga ir vagando por la selva oscura como si, vivos aún, estuviésemos en algo á modo de purgatorio para hacer penitencia de nuestros pecados, acabar de desengañarnos y no forjarnos en adelante seductoras ilusiones. Dante, que se aparece al poeta en el centro tenebroso de la selva y se ofrece á servirle de guía al modo con que Virgilio le sirvió á él, confirma al lector en la interpretación que hasta aquí vamos dando al simbolismo. Y todavía le confirma más en ello cuando oye hablar á Dante en hermosísimos tercetos, en los que refiere sus espirituales y castos amores con Beatriz, limpio y puro dechado de belleza angelical en cuerpo y en alma. Después de la muerte de Beatriz, lejos de terminar sus amores, suben á más alto punto de santidad y de efica-

cia beatificante. La enamorada doncella descendiendo del cielo, se muestra en espíritu al terrible gibelino, le consuela y conforta, le separa del camino de perdición, y en premio del amor que él le profesa y por el mismo amor que ella le tiene, logra al fin encumbrarle hasta el cielo.

Nada sería más satisfactorio que este desenlace. ¿Qué más venturosa salida pudiera hallar el poeta para dejar detrás de sí la selva oscura en que se había extraviado?

Por desgracia, Dante mismo, en virtud de fatídicas palabras que pronuncia, quita toda esperanza, cierra la salida de la selva y nos deja en ella errando para siempre, á no ser que nos devore la pantera cuya aguda zarpa nos ha destrozado el pecho.

Cuantas alabanzas demos á lo que Beatriz dice á Dante cuando baja del cielo y se le aparece para consolarle, son á mi ver pequeño encarecimiento para ensalzar la santidad y la hermosura de lo que Beatriz dice. ¿Por qué, pues, al ir ya á terminar el poema, trata Dante de arrancar del corazón y de la mente del poeta y del corazón y de la mente de cuantos le leen ó le oyen, la fe, la esperanza y los trascendentales consuelos que antes le habían infundido? ¿Por qué llama Dante *santa ilusión* á cuanto de Beatriz le ha dicho? A veces imagino yo que Dante lo llama *santa ilusión* por ironía. Y si es así, estamos salvados. La pureza inmaculada de